

Domini jungatur mihi, con que se dirige á los Prelados pidiéndoles que le ayuden para que en las diócesis respectivas se pongan por obra estos sus mandatos, son un grito del alma que manifiestan, de una parte, los grandes males que con la enseñanza del Catecismo podrían remediarse, y de otra, los obstáculos que teme el Papa se atravesasen en la ejecución de tan saludables prescripciones.

183. Procuremos todos consolar á tan amoroso Padre, y juntemos con los suyos nuestros esfuerzos para que sus augustos mandatos tengan perfecto y universal cumplimiento.



APÉNDICE

CARTA ENCÍCLICA DE N. S. P. PÍO X

Papa por la Divina Providencia

Á TODOS LOS OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO

SOBRE

LA ENSEÑANZA DE LA DOCTRINA CRISTIANA

*A los Patriarcas, Primados, Arzobispos,
Obispos y demás Prelados Ordinarios.*

En paz y Comunión con la Sede Apostólica.

PÍO, PAPA X

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Los secretos designios de Dios Nos han levantado de Nuestra pequeñez al cargo de Supremo Pastor de la grey de Cristo en días bien críticos y amargos, pues el enemigo de antiguo anda alre-

dedor de este rebaño y le tiende lazos con tan páfida astucia, que ahora, principalmente, parece haberse cumplido aquella profecía del Apóstol á los ancianos de la Iglesia de Efeso: *Sé que... os han de asaltar lobos voraces que destrocen el rebaño* (1). De este mal que padece la religión no hay nadie, animado del celo de la gloria divina, que no investigue las causas y razones; sucediendo que, como cada cual las halla diferentes, proponen diferentes medios conforme á su personal opinión, para defender y restaurar el reinado de Dios en la tierra. No proscibimos, Venerables Hermanos, los otros juicios: mas estamos con los que piensan que esta depresión y debilidad de las almas, de que resultan los mayores males, provienen principalmente de la ignorancia de las cosas divinas. Esta opinión concuerda enteramente con lo que Dios mismo declaró por su profeta Oseas: *No hay conocimiento de Dios en la tierra. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo; á la sangre se añade sangre, por cuya causa se cubrirá de luto la tierra y desfallecerán todos sus moradores* (2).

¡Cuán fundados son, por desgracia, estos lamentos, hoy que existe tan crecido número de personas en el pueblo cristiano que ignoran totalmente las cosas que se han de conocer para conseguir la eterna salud! Al decir pueblo cristiano,

(1) Hechos, XX, 29.

(2) Oseas, IV, 1 y 3.

no Nos referimos solamente á la plebe, ó á las clases inferiores, á quien excusa con frecuencia el hecho de hallarse sometidas á hombres tan duros que apenas les dejan tiempo de ocuparse en sí mismas, ni en las cosas que les atañen al alma, sino que también y principalmente hablamos de aquellos é quienes no falta entendimiento, ni cultura, y hasta se hallan adornados de profana erudición, á pesar de lo cual en las cosas de religión viven de la manera más temeraria é imprudente que puede imaginarse. ¡Difícil sería ponderar lo espeso de las tinieblas que los envuelven y—lo que es más triste—la tranquilidad con que permanecen en ellas! De Dios, soberano Autor y Moderador de todas las cosas, y de la sabiduría de la fe cristiana, nada se les da; de manera que verdaderamente nada saben de la Encarnación del Verbo de Dios, ni de la perfecta restauración del género humano consumada por El; nada saben de la gracia, principal auxilio para alcanzar los eternos bienes; nada del Sacrificio augusto ni de los Sacramentos, mediante los cuales conseguimos y conservamos la gracia. En cuanto al pecado, ni conocen su malicia ni el oprobio que trae consigo, de suerte que no ponen el menor cuidado en evitarlo ni borrarlo, y llegan al día postrero en disposición tal, que para no dejarles sin ninguna esperanza de salvación, el sacerdote se ve en el caso de aprovechar aquellos últimos instantes de vida para enseñarles sumariamente la Religión, en vez

de emplearlos principalmente, según convendría, en moverles á afectos de caridad; esto si no ocurre que el moribundo padece tan culpable ignorancia que tenga por inútil el auxilio del sacerdote y se resuelva tranquilamente á traspasar los umbrales de la eternidad sin haber satisfecho á Dios por sus pecados. Por lo cual Nuestro Predecesor Benedicto XIV escribió justamente: «Afirmamos que la mayor parte de los condenados á las penas eternas padece su perpetua desgracia por ignorar los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para ser contados entre los elegidos (1).»

Siendo esto así, Venerables Hermanos, ¿qué tiene de sorprendente, pregunto, que la corrupción de las costumbres y su depravación sean tan grandes y crezcan diariamente, no digo en las naciones bárbaras, pero hasta en los mismos pueblos que llevan el nombre de cristianos? Con razón decía el Apóstol San Pablo, escribiendo á los Efesios: *La fornicación y toda especie de impureza ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde á santos, ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías* (2). Como fundamento de este pudor y santidad con que se moderan las pasiones, puso la ciencia de las cosas divinas: *Y así, mirad, Hermanos, que andéis con gran circunspección; no como necios, sino como prudentes... Por tanto, no*

(1) Instit., XXVI, 18.

(2) Efesios, V, 3 y 4.

sedís indiscretos, sino atentos, sobre cuál es la voluntad de Dios (1).

Sentencia justa; porque la voluntad humana apenas conserva algún resto de aquel amor á la honestidad y la rectitud, puesto en el hombre por Dios Criador suyo, amor que le impulsaba hacia un bien, no entre sombras, sino claramente visto. Mas, depravada por la corrupción del pecado original y olvidándose de Dios, su Hacedor, la voluntad humana se vuelve á amar la vanidad y buscar la mentira. Extraviada y ciega por las malas pasiones, necesita un guía que le muestre el camino para que se restituya á la vía de la justicia que desgraciadamente abandonó. Este guía que no hay que buscar fuera del hombre, y de que la misma naturaleza le ha provisto, es la propia razón; mas si á la razón falta aquella luz, hermana suya, que es la ciencia de las cosas divinas, vendrá á suceder que un ciego guíe á otro ciego, y ambos caigan en el hoyo. El santo Rey David, glorificando á Dios por esta luz de la verdad que había infundido en la razón humana, decía: *Impresa está, Señor, sobre nosotros, la luz de tu rostro*. Y señalaba el efecto de esta comunicación de la luz, añadiendo: *Tú has infundido la alegría en mi corazón* (2), alegría con que dilatándose el corazón, corre por la senda de los mandatos divinos.

Fácilmente se descubre que es así, porque, en

(1) Efesios, V, 15 y 17.

(2) Salmo IV, 7.

efecto, la doctrina cristiana nos hace conocer á Dios y lo que llamamos sus infinitas perfecciones harlo más hondamente que las fuerzas naturales. ¿Y cómo esto? Mandándonos á un tiempo mismo reverenciar á Dios por obligación de *fe*, que se refiere á la razón; por deber de *esperanza*, que se refiere á la voluntad, y por deber de *caridad*, que se refiere al corazón, con lo cual deja al hombre enteramente sometido á Dios su Creador y Moderador. De la misma manera, sólo la doctrina cristiana pone al hombre en posesión de su eminente dignidad natural en cuanto hijo del Padre celestial, que está en los cielos, que le hizo á su imagen y semejanza para vivir con Él eternamente dichoso. Pero de esta misma dignidad y del conocimiento que de ella se ha de tener infiere Cristo que los hombres deben amarse como hermanos y vivir en la tierra como conviene á los hijos de la luz *no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas ni envidias* (1); mándanos asimismo que nos entreguemos en manos de Dios, que es quien cuida de nosotros; que socorramos al pobre, hagamos bien á nuestros enemigos y prefiramos los bienes eternos del alma á los perecederos del tiempo. Y sin tocar menudamente á todo, ¿no es la doctrina de Cristo la que recomienda y prescribe al hombre soberbio aquella humildad que es manantial ver-

(1) Romanos, XIII, 13.

dadero de su gloria? *Cualquiera que se humillare, ese será el mayor en el reino de los cielos* (1). En esta celestial doctrina nos enseña igualmente la prudencia del espíritu, que nos sirve para guardarnos de la de carne; la justicia, que nos hace dar lo suyo á cada cual; la fortaleza, que nos hace capaces de sufrir y padecerlo todo generosamente por Dios y por la eterna bienaventuranza; en fin, la templanza, que hace para nosotros amable la pobreza por amor de Dios, y que en medio de nuestras humillaciones nos gloriemos en la cruz. De manera que por la sabiduría cristiana, no solamente nuestra inteligencia recibe la luz que nos permite alcanzar la verdad, pero la misma voluntad queda presa de aquel amor que nos conduce á Dios y nos une á Él mediante el ejercicio de la virtud.

Lejos estamos de afirmar que la malicia del alma y la corrupción de las costumbres no puedan coexistir con la ciencia de la Religión. Pluguese á Dios que los hechos demostrasen lo contrario. Pero entendemos que cuando al espíritu envuelven las espesas tinieblas de la ignorancia, no puede darse ni la rectitud de la voluntad, ni las buenas costumbres, porque si caminando con los ojos abiertos puede apartarse el hombre del buen camino, el que padece de ceguera está en peligro cierto de desviarse. Añádase que en quien no está

(1) San Mateo, XVIII, 4.

enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se enmiende y sane la corrupción de costumbres; mas cuando la ignorancia se junta á la depravación, ya no queda espacio para el remedio, sino abierto el camino de la ruina.

Puesto que de la ignorancia de la religión proceden tantos y tan graves daños, y por otra parte, son tan grandes la necesidad y utilidad de la doctrina religiosa, ya que, desconociéndola, en vano sería esperar que nadie pueda cumplir las obligaciones de cristiano; conviene saber ahora á quién compete preservar á las almas de esta perniciosa ignorancia é instruir las en ciencia tan indispensable. Lo cual, Venerables Hermanos, no ofrece dificultad alguna, porque ese trascendental cometido recae en los pastores de almas. Estos, efectivamente, se hallan obligados por precepto del mismo Cristo á conocer y apacentar las ovejas que les están encomendadas. Apacentar es, ante todo, adoctrinar. *Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina* (1).

Así hablaba Jeremías, inspirado por Dios; por lo cual decía el Apóstol San Pablo: *No me envió Cristo á bautizar, sino á predicar* (2), advirtiendo así que el principal ministerio de cuantos ejercen

(1) Jeremías, III, 15.

(2) I Corint., I, 17.

de alguna manera el gobierno de la Iglesia consiste en enseñar á los fieles la ciencia sagrada.

Inútil nos parece aducir nuevas pruebas de la excelencia de este ministerio y de la estimación que de él hace Dios. Ciertamente es que Dios alaba grandemente la piedad que nos mueve á procurar el alivio de las humanas miserias; mas ¿quién negará que han de colocarse muy por encima de ella el celo y el trabajo, mediante los cuales el entendimiento recibe las enseñanzas y consejos referentes, no á las necesidades terrenas, sino á los bienes celestiales? Nada puede ser más grato á Jesucristo, Salvador de las almas, que dijo de Sí propio por el Profeta Isaías: *Me ha enviado á evangelizar á los pobres* (1).

Importa mucho, Venerables Hermanos, insistir para que entiendan bien todos los Sacerdotes que ninguno tiene obligación más grande y deber más estrecho. Porque ¿quién negará que en el Sacerdote han de unirse la ciencia y la santidad de la vida? *En los labios del Sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia* (2). Y, en efecto, la Iglesia lo exige rigurosamente de cuantos aspiran á ingresar en el sacerdocio. Y esto, ¿por qué? Porque el pueblo cristiano espera recibir del Sacerdote la enseñanza de la divina ley y porque Dios le destina para propagarla. *De su boca se ha de aprender la ley, puesto que él es el ángel del Señor*

(1) San Lucas, IV, 18.

(2) Malaquías, II, 7.

de los ejércitos (1). Por lo cual, en las sagradas Ordenes, el Obispo dice, dirigiéndose á los que van á ser hechos Sacerdotes: «Que vuestra doctrina sea remedio espiritual para el pueblo de Dios, y los cooperadores de nuestro orden sean previsores, para que, meditando día y noche acerca de la ley, crean lo que han leído y enseñen lo que han creído (2).»

Si no hay Sacerdote alguno á quien no correspondan estas obligaciones, ¿cuáles no serán las de aquéllos que por el nombre y autoridad se ostentan y por su misma dignidad tienen á su cargo y como por contrato la cura de almas? Estos han de ser puestos en algún modo en el rango de los pastores y doctores que Jesucristo dió á los fieles *para que no sean como niños fluctuantes ni se dejen llevar de aquí y allá de todos los vientos de opiniones por la malignidad de los hombres..., antes bien siguiendo la verdad con caridad, en todo vayan creciendo en Cristo, que es nuestra Cabeza* (3).

Por lo cual, el sacrosanto Concilio de Trento, hablando de los pastores de almas, juzgó que la primera y mayor de sus obligaciones era la de enseñar al pueblo cristiano (4). Dispuso, en consecuencia, que por lo menos los domingos y fiestas solemnes dieran al pueblo instrucción religiosa, y

(1) Malaquías, II, 7.

(2) Pontifical romano.

(3) Efesios, IV, 14 y 15.

(4) Sesión V, c. 2 de Refor.; ses. XXII, c. 8; ses. XXIV, c. 4 y 7 de Refor.

durante los santos tiempos de Adviento y Cuaresma siquiera tres veces por semana. Ni es esto solo: porque añade el Concilio que los Párrocos están obligados, cuando menos los domingos y días de fiesta, á enseñar por sí ó por otros, á los niños las verdades de fe y la obediencia que deben á Dios y á sus padres; y les manda asimismo que cuando hayan de administrar algún sacramento instruyan en su virtud á los que van á recibirlo, explicándola por medio de la predicación en lengua vulgar.

En su constitución *Etsi minime*, Nuestro Predecesor Benedicto XIV resumió estas prescripciones y las determinó claramente, diciendo: «Dos obligaciones impone principalmente el Concilio de Trento á los pastores de almas: una, que todos los días de fiesta hablen al pueblo acerca de las cosas divinas; otra, que enseñen á los niños y los ignorantes los elementos de la ley divina y de la fe.» Justamente distingue este sapientísimo Pontífice el doble ministerio, á saber, la predicación, que habitualmente se llama explicación del Evangelio, y la enseñanza de la doctrina cristiana. Acaso no falten Sacerdotes que, deseosos de ahorrar trabajo, crean que con las homilias satisfacen la obligación de enseñar el Catecismo. Quienquiera que reflexione descubrirá lo erróneo de esta opinión; porque la predicación del Evangelio está destinada á los que ya poseen los elementos de la fe y viene á ser como el pan que debe darse á los adultos; mas, por el contrario, la enseñanza

del Catecismo es aquel alimento de que San Pedro quería que todos estuviesen ávidos con sencillez, como niños recién nacidos. Este oficio de catequista consiste en elegir algunas de las verdades relativas á la fe y las costumbres cristianas y exponerlas y explicarlas en todos sus aspectos. Y como el fin de la enseñanza es la perfección de la vida, el catequista ha de comparar lo que Dios manda obrar y lo que los hombres hacen realmente, después de lo cual, y habiendo sacado oportunamente algún ejemplo de la Sagrada Escritura, la historia de la Iglesia, ó las vidas de los Santos, ha de aconsejar á su auditorio y como señalarle con el dedo la norma á que debe ajustarse la vida, y terminará exhortando á los presentes á huir de los vicios y practicar la virtud.

No ignoramos, en verdad, que el oficio de enseñar la doctrina cristiana no es grato á muchos, que lo estiman en poco y acaso como impropio para conseguir la alabanza popular; así y todo, entendemos que semejante juicio pertenece á los que se dejan llevar de la ligereza más que de la verdad. Ciertamente, no negamos la aprobación debida á los oradores sagrados que, movidos del sincero deseo de la gloria divina, se emplean en la defensa y reivindicación de la fe ó en hacer el panegírico de los Santos; pero su labor requiere otra preliminar, la de los catequistas, pues faltando ésta, no hay fundamento, y en vano se fatigan los que edifican la casa. Harto frecuente es que

floridos discursos, recibidos con aplauso por nutridas asambleas, sólo sirvan para halagar el oído y no conmuevan las almas. En cambio, á la enseñanza catequística, aunque sencilla y humilde, merece que se le apliquen estas palabras que dijo Dios por Isaías: *Al modo que la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, y la penetran y la fecundan, á fin de que dé simiente que sembrar y pan que comer; así será de mi palabra salida de mi boca: no volverá á mí vacía, sino que obrará todo aquello que yo quiero, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envié* (1). El mismo juicio ha de formarse de aquellos Sacerdotes que, por mejor exponer las verdades de la religión, publican eruditos volúmenes, motivo por el cual son dignos, ciertamente, de copiosa alabanza; mas, sin embargo ¡cuán corto es el número de los que consultan las obras de esta índole y sacan de ellas el fruto que correspondería á los deseos del autor! Pero la enseñanza de la doctrina cristiana, si se hace como debe hacerse, nunca es inútil para los que la escuchan.

Conviene repetirlo para inflamar el celo de los ministros del Señor; ya es crecidísimo, y aumenta cada día más, el número de los que todo lo ignoran en materia de religión, ó tienen de Dios y de la fe cristiana concepto tal, que, en plena luz de

(1) Isaías, LV, 10 y 11.

verdad católica, les permite vivir como paganos. ¡Ay! Cuán grande es el número, no diremos de niños, pero de adultos y hasta de ancianos encorvados por la edad, que ignoran absolutamente los principales misterios de la fe, y oyendo el nombre de Cristo responden: *¿Quién es... para que yo crea en él* (1)? De ahí el que tengan por lícito forjar y mantener odios contra el prójimo, hacer contratos inicuos, explotar negocios infames, hacer préstamos usurarios y constituirse en reos de otras prevaricaciones semejantes. De ahí que, ignorantes de la ley de Cristo—que no sólo prohíbe toda acción torpe, sino el pensamiento voluntario y el deseo de ella—muchos que, sea por lo que quiera, casi se abstienen de los placeres vergonzosos, alimentan en sus almas, que carecen de principios religiosos, los pensamientos más perversos, y hacen el número de sus iniquidades mayor que el de los cabellos de su cabeza. Y ha de repetirse que estos vicios no se hallan solamente entre la gente ruda del campo y el pueblo bajo de las ciudades, sino también, y acaso con más frecuencia, entre hombres de otra categoría, incluso entre los que se envanecen de su saber, y, apoyados en una vana erudición, pretenden burlarse de la religión y *blasfeman de todo lo que no conocen* (2).

Si es cosa vana esperar cosecha en tierra que no

(1) San Juan, IX, 36.

(2) San Judas, 10.

se ha sembrado, ¿cómo pueden esperarse generaciones adornadas de buenas obras si oportunamente no han sido instruídas en la doctrina cristiana? De donde justamente inferimos que, si la fe languidece en nuestros días á punto de que en muchos sujetos parece casi muerta, es que se ha cumplido descuidadamente, ó se ha omitido del todo, la obligación de enseñar las verdades contenidas en el Catecismo. Inútil sería decir, para hallar excusa, que la fe nos ha sido dada gratuitamente y conferida á cada uno en el bautismo. Porque, ciertamente, cuantos hemos sido bautizados en Jesucristo, fuimos enriquecidos con la posesión de la fe; más esta divina semilla no llega á *crecer... y echar grandes ramas* (1) si queda abandonada á sí misma y á su nativa virtud. Tiene el hombre, desde que viene á este mundo, facultad de entender; mas esta facultad necesita la excitación de la palabra materna para convertirse en acto, como se suele decir en las escuelas, y esto precisamente acontece al hombre cristiano, que, al renacer por el agua y el Espíritu Santo, trae como en germen la fe; pero necesita de la enseñanza de la Iglesia para que esta fe pueda nutrirse, desarrollarse y dar fruto. Por lo cual escribía el Apóstol, *La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo* (2). Y

(1) San Marcos, IV, 32.

(2) Romanos, X, 17.

para mostrar la necesidad de la enseñanza añadió:
¿Cómo... oirán hablar, si no se les predica (1)?

Si por lo expuesto hasta aquí ya puede verse cuál es la importancia de la instrucción religiosa del pueblo, debemos hacer cuanto nos es posible á fin de que la enseñanza de la sagrada doctrina, que sirviéndonos de palabras de nuestro Predecesor Benedicto XIV, es la institución más útil para la gloria de Dios y la salud de las almas (2), se mantenga siempre floreciente, ó, donde se haya descuidado, se restaure.—Así, pues, Venerables Hermanos, queriendo cumplir esta grave obligación del Apostolado Supremo, y hacer que en todas partes se observen en materia tan importante las mismas prácticas; en virtud de Nuestra suprema autoridad establecemos para todas las diócesis las siguientes disposiciones, que habrán de ser rigurosamente observadas y cumplidas:

I. Todos los Párrocos, y en general cuantos Sacerdotes ejercen la cura de almas, han de instruir con arreglo al Catecismo, durante una hora entera todos los domingos y días de fiesta del año, sin exceptuar ninguno, á todos los niños y niñas en lo que deben creer y obrar para alcanzar la salvación eterna.

II. Los mismos han de preparar á niñas y niños en época fija del año, y mediante instrucción

(1) Romanos, 14.

(2) Const. *Etsi mínimo*.

que ha de durar varios días, á recibir dignamente los Sacramentos de Penitencia y Confirmación.

III. Además, han de preparar con especial cuidado á los jóvenes de ambos sexos para que santamente se acerquen por primera vez á la Sagrada Mesa, valiéndose para este fin de oportunas enseñanzas y exhortaciones, durante todos los días de Cuaresma, y si fuere necesario, durante varios otros después de la Pascua.

IV. En todas las parroquias se erigirá canónicamente la asociación que vulgarmente se denomina Congregación de la Doctrina Cristiana; con la cual, principalmente donde ocurra ser escaso el número de Sacerdotes, tendrán los Párrocos auxiliares del estado seglar para la enseñanza del Catecismo; los cuales se ocuparán en este ministerio, así por celo de la gloria de Dios, como por lucrar las santas indulgencias con que los Romanos Pontífices han enriquecido esta asociación.

V. En las grandes poblaciones, principalmente donde haya Facultades mayores, liceos y colegios, fúndense escuelas de religión para instruir en las verdades de la fe y en las prácticas de la vida cristiana á la juventud, que frecuenta las aulas públicas en que no se mencionan las cosas de religión.

VI. Porque en estos tiempos de desorden la edad madura no está menos que la infancia necesitada de instrucción religiosa, los Párrocos y cuantos Sacerdotes tengan cura de almas, además

de la acostumbrada homilía sobre el Santo Evangelio, que han de hacer todos los días de fiesta en la Misa parroquial, escojan la hora más oportuna para que concurren los fieles—exceptuando la destinada á la doctrina de los niños—y hagan instrucciones catequísticas á los adultos, en forma sencilla y acomodada á sus inteligencias; debiendo ajustarse para ello al Catecismo del Concilio de Trento; de tal modo, que en el espacio de tres ó cuatro años expliquen cuanto se refiere al Símbolo, los Sacramentos, el Decálogo, la Oración y los Mandamientos de la Iglesia.

VII. Todas estas cosas, Venerables Hermanos, mandamos y establecemos en virtud de Nuestra autoridad Apostólica. Ahora, obligación vuestra es procurar, cada cual en su propia diócesis, que estas prescripciones se cumplan enteramente y sin tardanza. Velad, pues, y, con la autoridad que os es peculiar, procurad que nuestros mandatos no caigan en olvido, ó —lo que sería igual— se cumplan con negligencia y flojedad. Para evitar esa falta habéis de emplear las recomendaciones más asiduas y apremiantes á los Párrocos á fin de que no expliquen el Catecismo sin preparación, sino preparándose antes con esmero; de modo que no hablen el lenguaje de la sabiduría humana, sino que *con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios* (1) sigan el ejemplo

(1) II Corint., I, 12.

de Cristo que, aunque expusiese *cosas que estuvieron ocultas desde la creación del mundo* (1), sin embargo *las decía todas al pueblo por medio de parábolas ó ejemplos, y sin parábolas no les predicaba* (2). Sabemos también que lo mismo hicieron los Apóstoles, enseñados por Jesucristo, y de ellos decía San Gregorio Magno: «Pusieron todo cuidado en predicar á los pueblos ignorantes cosas sencillas y accesibles, y no cosas altas y arduas (3). Y en las cosas de religión, una gran parte de los hombres de nuestra edad han de tenerse por ignorantes.

Pero no quisiéramos que alguien, en razón de esta misma sencillez que conviene observar, imaginase que la enseñanza catequística no requiere trabajo ni meditación; por el contrario, son de mayor necesidad que en cualquiera otra. Es más fácil hallar un orador que hable con abundancia y brillantez, que un catequista cuyas explicaciones merezcan en todo alabanza. Por tanto, todos han de tener muy en cuenta que, por grande que sea la facilidad de conceptos y de expresión de que se hallen naturalmente dotados, ninguno hablará de la doctrina cristiana con provecho espiritual de los adultos ni de los niños, si antes no se ha preparado con estudio y seria meditación. Se engañan los que, fiándose de la inexperiencia y torpeza in-

(1) San Mateo, XII, 34.

(2) Ibidem, 35.

(3) Moral., I. XVII. c. 23.

telectual del pueblo, creen que pueden proceder negligentemente en esta materia. Es todo lo contrario; cuanto mayor sea la incultura del auditorio, mayor celo y cuidado se requieren para lograr que las verdades más sublimes, tan elevadas sobre el entendimiento de la generalidad de los hombres, penetren en la inteligencia de los ignorantes; los cuales, no menos que los sabios necesitan conocerlas para alcanzar la eterna bienaventuranza.

Séanos permitido, Venerables Hermanos, deciros al terminar esta carta, lo que dijo Moisés: *El que sea del Señor, júntese conmigo* (1). Os rogamos y suplicamos que observéis cuán grandes son los estragos que produce en las almas la sola ignorancia de las cosas divinas. Tal vez muchas otras obras útiles y dignas de alabanza se hallen establecidas por vosotros en vuestras diócesis para bien de vuestros respectivos rebaños; pero, con preferencia á todas ellas, y con todo el empeño, todo el celo y toda la constancia que os sean posibles, habéis de cuidar esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana llegue y penetre en la mente y en el corazón de todos. *Comunique cada cual al prójimo*—repetimos con el Apóstol San Pedro—*la gracia según la recibió, como buenos dispensadores de los dones de Dios, los cuales son de muchas maneras* (2).

(1) Exodo XXXII, 26

(2) I San Pedro, IV, 10.

Que, mediante la intercesión de la Inmaculada y Bienaventurada Virgen, vuestro celo y piadosa industria se exciten con la bendición apostólica, que amorosamente os concedemos á vosotros, á vuestro clero y al pueblo que os está confiado, y sea testimonio de Nuestro afecto y prenda de los divinos dones.

Dada en Roma, en San Pedro, el 15 de Abril del año 1905, segundo de Nuestro Pontificado.

PÍO, PAPA X.

